

9: Los Hombres Hechos - La Carrera Perfecta

- [9: Los Hombres Hechos - La Carrera Perfecta](#)

9: Los Hombres Hechos - La Carrera Perfecta

Era el 8 de mayo de 2020 por quinta vez, y Ghoul volvió a tener un accidente automovilístico.

Mientras bajaba de su Plymouth Fury tras chocar contra su favorito maníaco no muerto, Ryan se tomó un momento para contemplar a su hermosa compañera. El coche que había reconstruido desde los restos que encontró en las ruinas de Florencia, por completo él solo; con los años, lo había personalizado hasta convertirlo en una obra maestra de la tecnología que envidiarían la mayoría de los genios. El mensajero había estado al volante durante años, sobrevivió a innumerables explosiones y atravesó a tantos ancianos. ¡Qué recuerdos...

En resumen, su Plymouth era la única constante en su vida, la cosa más importante para él después de Len. La compañera que nunca pudo encontrar en ningún ser humano, ya que no podían recordarlo de reinicio en reinicio.

“Lo juro, no dejaré que nadie más te vuelva a hacer daño,” susurró Ryan a su coche mientras acariciaba el capó, como si fuera un gato. “El mal Psycho ya no está aquí.”

“¿Estás hablando con tu coche?” preguntó Renesco desde detrás de la barra.

“No soy yo quien te juzga por tu compañía actual,” respondió Ryan, abriendo la parte trasera del coche. Una vez más, decidió hacer algo nuevo e interesante para este reinicio. Un método para vengar la muerte de su coche contra la Meta-Gang una vez más.

“Sé que esto suena a cliché,” le dijo Ryan a Ghoul, levantando los cables de arranque mientras hacía su mejor acento alemán. “¡Pero tenemos formas de hacer que hables!”

Después de entregar a un Ghoul sorprendido a la Seguridad Privada, finalizar su misión y pagar a todos, el mensajero pensó en su próximo paso.

Con la intención de regresar al Camino de los Augusti —sin cagarla esta vez— Ryan volvió al primer hotel que había reservado en el centro de la ciudad, en lugar del distrito sur. Conoció a Wyvern, le advirtió sobre la fuga de Ghoul y le entregó su tarjeta de negocios.

Esta vez, Vulcan se puso en contacto con él como de costumbre.

Fue al Bakuto, conoció a Zanbato y recibió su misión. Al día siguiente, antes de abandonar el hotel, escondió una pequeña cámara remota en la habitación. Ryan ya había reservado otro lugar para evitar el intento de asesinato, pero también quería espiar al asesino.

Esta vez, Sarin apareció sola en la entrega. Parecía que Ghoul seguía bajo custodia, y la Meta no podía mandar a nadie más como refuerzo. Ryan habría querido decir que fue una pelea dura y difícil. Que luchó por su vida y que Sarin fue un desafío bienvenido.

En cambio, la pelea duró solo diez segundos.

Le dio un golpe en la cara en el tiempo detenido con Fisty; salió gas de la máscara del Psycho y ella cayó sobre el superpetrolero como antes. Ella podía hacer mucho daño, pero no lo soportaba.

¡Ni siquiera destruyeron el Puerto Viejo esta vez!

“Estoy aburrido,” se quejaba Quicksave, mientras los Augusti terminaban de colocar cajas en los perfiles oceánicos. Ni siquiera había aparecido la Seguridad Privada.

“Bien,” respondió Zanbato con serenidad. “Eso significa que las cosas van bien. Prefiero una eficiencia aburrida cada día a un caos de emociones.”

“Eso dijo ella,” contestó Ryan, sacando un teléfono móvil de su bolsillo. Era un viejo Samsung de la era pre-guerra con el que había experimentado, mejorando su rendimiento para igualar a los dispositivos más modernos. Con él, podía observar desde lejos a través de la cámara en su habitación.

La cámara no detectó nada extraño. Sin embargo, según los sensores térmicos, alguien había volado cerca de la ventana, mirado por ella y luego se había ido. Considerando que su habitación estaba en el décimo piso... definitivamente un Genoma.

Ahora que lo pensó, recordó haber vislumbrado a un héroe volador durante su primera batalla contra Ghoul y Sarin. ¿Podría ser la misma persona?

—¿Alguien conoce a algún hombre o mujer invisible que pueda volar por aquí? —preguntó Ryan—. Pregunto por un amigo.

—Cualquiera con cien mil en su cuenta puede comprar un Elixir de Invisibilidad en Dynamis —respondió Luigi, cerrando las esferas de baño después de colocar los últimos cajones en su interior—. Pero eso para volar...

—Los únicos voladores que conozco en la ciudad son Wyvern, Geist, Vulcan, Devilry, Wardrobe, Mosquito y Sarin —dijo Zanbato—. De ellos, solo Geist puede volverse invisible.

—¿Él es el que vigila a la gente por la noche asomándose por sus ventanas? —preguntó Ryan. Lo que le confundía era que el misterioso visitante no entró en la habitación ni dejó una bomba durante esta iteración. ¿Habían detectado la cámara desde lejos y decidieron evitar ser detectados?

—No, está atado a un lugar fuera de la ciudad y no puede salir de él en absoluto —dijo el enforcer Augusti—. Es un Yellow, cuyas cualidades se activaron después de su muerte, atándolo a su tumba.

Ah, sí, los Elixires Amarillos. Las pociones que otorgan poderes “conceptuales”, desde la proyección astral hasta la mala suerte. Ryan los apreciaba, principalmente porque nunca sabías qué esperar de ellos. Incluso para los estándares de los Géminis, sus habilidades eran totalmente extrañas, con limitaciones raras.

—¿Por qué la pregunta? —preguntó Luigi, con suspicacia, sintiendo cómo se activaba su poder de verdad.

—Alguien así hizo explotar mi habitación hace unos días —respondió Ryan, lo cual era técnicamente cierto. Su poder le obligaba a ser honesto, pero podía enmascarar sus palabras para engañar. —¡Como si eso fuera original!

—Cercanas, buscas enemigos con facilidad —observó Luigi, frunciendo el ceño—. ¿Qué sientes al respecto?

Ryan se preparó para contar un chiste, pero sintió una fuerza extraterrestre apoderarse de su mente y cambiar sus palabras. —Nada en particular —admitió—. Eso llena el vacío.

El presente del enforcer Augusti lo miró con extrañeza. —¿El vacío? —repitió Luigi, confundido.

—Supongo que me siento vacío, solo y sin rumbo —contestó Ryan, con la mente en piloto automático—. Como si mi cerebro fuera un pozo sin fin que intento llenar con dopamina y endorfinas. Cuanto más problemas tengo, mayor es el subidón y más feliz me siento. La verdad, el aburrimiento es mi estado natural.

Un silencio incómodo siguió.

—Pero, en el lado positivo, ¡me veo fabuloso por fuera! —añadió Quicksave para aliviar el ambiente—, antes de volverse hacia Luigi, incapaz de mentir, y decirle: —¿Puedes quitar ese filtro de tonterías? Es incómodo y me dan ganas de matarte.

—Debo asegurarme de una cosa —dijo Luigi, sin mostrar empatía—. ¿Eres un soplón o un doble agente?

—No, solo estoy de mi lado, sin ninguna causa —respondió Ryan, pero no pudo detenerse; su voz cambió de alegre a apática por sí misma—. Para ser sincero, chicos, solo los uso para encontrar a mi viejo amigo Len, porque me siento solo y no tengo vínculos con otros.

—Vaya, tienes problemas serios —comentó uno de los guardias—. Deberías ver a un terapeuta.

—Ya fui, ¡pero lo destruí primero! —sin embargo, esto empezaba a cansarlo y su ingenio se agotaba. No quería hablar de sus problemas emocionales, y mucho menos con extraños que pronto olvidarían todo.

—Ahora, Luigi —dijo el mensajero, tensándose como un lince que pasa de ser juguetón a amenazante—. Solo hay un lugar donde no quiero que nadie entre, y ese es mi mente. Si sigues, mi cuchillo llegará a tu espalda y nadie te salvará.

Allí, él buscaba la verdad, y la poseía. Afortunadamente, el intruso en la privacidad tomó en serio la amenaza. “Perdona por la indagación,” se disculpó Luigi, percibiendo que la tensión se aliviaba. “Tenía que estar seguro de que no nos estabas engañando.”

El mensajero simplemente observó su rostro sin mostrar emoción ni pronunciar palabra, lo que hizo que el que buscaba la verdad se sintiera incómodo. Maldita sea, odiaba a los lectores de mentes y a sus primos. ¡Qué falta de respeto por la privacidad!

“Supongo que es hora de separarnos y seguir nuestro camino con alegría,” dijo Ryan, girándose hacia Zanbato y deseoso de reflexionar a solas. “¿Te llevo esta vez?”

“No,” respondió Zanbato. “Cambio de planes. Vas a mi casa.”

¿Su casa? “¿No deberías invitarme a cenar primero?” bromeó Ryan.

“Sí, por supuesto, esa es la idea,” replicó Zanbato, para sorpresa del mensajero. “¿Te gusta la pizza? La preparo como nadie más.”

¿Había en serio? “Mi hotel es—”

“Te vas a quedar en mi casa esta noche,” insistió Zanbato, con el mismo tono que un hermano mayor corrigiendo a su hermano menor. “Lo que necesitas es un ambiente amistoso y cálido.”

“Pero debo encontrar a mi enigmático enemigo.”

“Ellos esperarán.”

“Ríndete, amigo,” le dijo Luigi a Ryan, claramente divertido. “Zan es como la crema. Dulce y que se pega cuando te acercas demasiado.”

“¿Es helado de vainilla?” preguntó Ryan inocentemente. “Me encanta la vainilla.”

“Deberías probar el chocolate,” sugirió Zanbato. “Es bueno para la depresión.”

Lo que siguió fue uno de los momentos más extraños en la vida de Ryan. Ser llevado de puntillas a una cena por una amenaza armada con un cuchillo fue, sin duda, una experiencia inédita.

Bueno, no al pie de la letra con el cuchillo en mano, pero en sentido figurado sí. Zanbato simplemente entró en el Plymouth de Ryan y se negó a salir hasta que el mensajero aceptara irse a su casa con él. Una pasivo-agresión en su máxima expresión.

Al final, con el misterioso asesino de momento echándose para atrás, Ryan no pudo rechazar una comida gratis.

Zanbato vivía en una moderna casa al norte del Monte Augusto. La zona era claramente de mayor nivel adquisitivo que el cercano Little Maghreb; las viviendas eran grandes, modernas y construidas en colinas empinadas que dominaban los barrios más pobres debajo. La división social

nunca había sido tan evidente.

La casa de su anfitrión era moderna, de dos plantas y con una vista impresionante de Nueva Roma, además de una piscina infinita construida junto al borde de la colina. Pintada en tonos cálidos de marrón y blanco, el lugar parecía a la vez modesto y elegante. Claramente, los trabajos en la mafia pagaban bien.

El garaje se abrió solo, y Ryan estacionó su coche entre un Lexus ES y una Harley Davidson Sportster altamente modificada. Zambato aprovechó para quitarse su armadura de poder, sin mostrar ninguna reserva al revelar su rostro a Ryan. El mensajero tuvo que admitir que el falso japonés era bastante apuesto, con una mandíbula perfecta, músculos marcados y barba de tres días. Ryan lo situaría en sus treinta y tantos.

“Jamie Cutter.” Zambato estrechó su mano. “Pero dentro, nada de máscaras.”

“¿Quieres conocer mi verdadera identidad?” respondió Ryan. “Debo advertirte, muchos han enloquecido al escuchar mi nombre real.”

“Ryan Romano,” rió Jamie, cruzando los brazos al que le robaron la atención con su revelación, “Y para que conste, eso es casi todo lo que sé de ti. Mis jefes no lograron averiguar mucho.”

“¿De verdad?” protestó Ryan mientras se quitaba su máscara, sombrero y gabardina, arrojándolos al asiento trasero del coche. “¡Pero soy inolvidable!”

“No mucho antes de que salieras disfrazado y empezar a explotar cosas,” aclaró Jamie, abriendo la puerta del garaje e invitando a su compañero del grupo genoma a entrar en su casa. La entrada conducía a una amplia sala de estar que, probablemente, podía albergar un pequeño apartamento de dos habitaciones, incluyendo la cocina, un sofá con una gran pantalla de plasma y escaleras hacia las habitaciones superiores. Grandes ventanales ofrecían una vista magnífica de la ciudad, y la decoración incluía mucho arte asiático. Una katana colgando en una pared, una bandera coreana en el balcón, una estatua de Buda junto a la tele...

Dos personas ya estaban presentes. Una mujer de cabello castaño oscuro bebía una lata de refresco cerca de la terraza, mientras una chica asiática cortaba tomates detrás de la encimera de la cocina.

Pero Ryan no les prestaba mucha atención, su mirada estaba fija en otra cosa.

Concretamente, en la enorme rata sobre la encimera de la cocina, que lo observaba con curiosidad. El mensajero le hizo un gesto con la mano, y la criatura levantó sus pequeñas patas delanteras en respuesta. ¡Ay...

—Hola, cariño —, Jamie besó a la chica en la cocina en los labios, mientras ella apartaba su cuchillo y su cena a un lado. Probablemente su novia. — Traje a una nueva invitada.

—Hyun Ki-jung —, ella asintió cortésmente a Ryan, sonriéndole de manera amistosa. Tan delgada como su musculoso novio, mantenía el cabello negro corto, vestía de manera modesta y llevaba

gafas discretas pero elegantes. Ryan la habría considerado atractiva si no hubiese sufrido pérdida de peso y cicatrices dolorosas en la piel; el mensajero la identificó de inmediato como una exadicta en proceso de recuperación.

—¿Waza? —, preguntó Ryan.

—¿Waza? —, replicó Ki-jung con el tono apropiado.

Ryan quedó boquiabierto al darse cuenta, por fin había conocido a alguien que entendía.

—¡Wazaa! —, gritaron al unísono ambos. Esto asustó un poco a la rata, que inclinó la cabeza hacia un lado. La mujer de cabello castaño oscuro los miraba como si estuvieran completamente locos, mientras Jamie seguía simplemente desconcertado.

—Es, es una referencia muy oscura —, le aseguró Ki-jung. — Tienes que conocer la broma privada para entender.

—Ser iniciado en esta hermandad es la cúspide de la cultura —, dijo Ryan, presentándose con cortesía ante esa delicada mujer. — Ryan “Quicksave” Romano. Soy inmortal, pero no se lo digas a nadie.

—Eso se lo dices a todos —, señaló Jamie, abrazando con cariño a su novia.

—¡Porque nadie lo recuerda! —, Ryan miró a su alrededor y se dio cuenta de que la rata de la cocina había traído a toda su familia. Tres de sus parientes veían un documental en la televisión, otro dormía en la terraza, y uno más saltó sobre el hombro de Ki-jung como un Pikachu. Sin embargo, parecían sorprendentemente limpios, más como mascotas mimadas que como plagas.

—Los controlo —, explicó Ki-jung acariciando a la rata desde detrás de las orejas. — En cierto modo. Me comunico telepáticamente con ellos, lo que aumenta su inteligencia.

—¿Azul o verde? —, preguntó Ryan.

—Verde —, respondió ella, sugiriendo que su poder afectaba la biología en lugar de la simple telepatía de roedores. — Soy Chitter.

Probablemente pensó que Ryan reconocería el nombre, pero él no.

Finalmente, cansada del ruido o quizás por curiosidad, la chica de la terraza decidió unirse a la cocina y socializar. Aunque, en realidad, habría sido mejor llamarla desastre rocoso. Ryan nunca había conocido a alguien con más tatuajes en brazos y hombros; incluso llevaba un símbolo de un pájaro debajo del ojo derecho, aunque era difícil de notar debido a sus gafas manchadas. La mujer vestía como una motorista: camiseta blanca sin mangas, pantalones azules, botas negras y un colgante con una cruz alrededor del cuello. Conservaba su cabello oscuro en largas trenzas hasta los hombros y, a diferencia de Ki-jung, claramente hacía mucho ejercicio.

—¿Quién es ese, Zan? —, preguntó sin rodeos al verla Ryan. —¿Un nuevo vagabundo que encontraste en la calle?

—¡Lanka! —, la reprendió Jamie.

—Prefiero el término “matar vagabundos”, —, respondió Ryan con orgullo herido —. No tengo hogar, pero me encanta robarlos.

—¿De verdad? —, no pareció impresionada, intercambiando su lata de refresco por un cigarrillo. Ofreció uno a todos, incluido Ryan, pero nadie aceptó. — No pareces del tipo asesino.

—Mi disfraz está en el garaje —, replicó Ryan con tono apático, y la mujer soltó una carcajada.

—Le dio una buena paliza a Sarin tan rápido que ni lo vi —, dijo Jamie, haciendo que Ryan se hinchara de orgullo —. No insistas, Lanka.

—¿Nuevo músculo? —jugaba con su cigarrillo—. Ya era hora. No puedo pasear cerca de la Ciudad Oxidada sin que esos Psicópatas me embosquen, y la mitad de nuestros normies ya no quieren vender Bliss allí.

—¿Podemos hablar de negocios en otra ocasión? —preguntó Ki-jung, golpeando suavemente la mesa para captar la atención de todos—. ¿Me ayudan a preparar la mesa de juego mientras cocinamos las pizzas?

—¿Te gusta el póker? —preguntó Jamie—. La entrada cuesta cien.

—No me gusta el póker, pero me gusta ganar —bromeó Ryan, mientras la mayoría le sonreía en respuesta. Bueno, todos excepto Lanka, que lo tomó como un desafío—. ¿Son un equipo? ¿Es esto una reunión de la Cosa Nostra?

—Todos somos hombres y mujeres hechas, sí, y trabajamos en conjunto —dijo Jamie, estremeciéndose por el comentario de la Cosa Nostra—. También compartimos este apartamento por motivos prácticos. Como hay algunas habitaciones disponibles, quería invitarlos a alojarse unos días hasta que terminemos con nuestros asuntos. No les costará nada y les parecerá mejor que un hotel.

—Zan es el dueño del lugar y no puede evitar invitar a extraños necesitados —dijo Lanka—. Como ese vagabundo.

—Nunca me dejarás olvidar eso, ¿verdad? —suspiró Jamie, mientras su novia se reía—. Solo fueron dos semanas hasta que consiguió un trabajo.

—Agradezco la oferta de espiar, pero prefiero mi privacidad —respondió Ryan—.

—Es una propuesta amistosa, sin segundas intenciones —insistió Jamie, y para sorpresa del mensajero, sonaba sincero—. Aunque creo que ganarías mucho si te unieras a nuestra gran familia, tanto personal como profesionalmente.

—Solo busco a Len —respondió Ryan, sin interés—. Cabello negro, ojos azules, ¿Underdiver?

—¿Underdiver? —esta vez, el nombre le resultó familiar a Jamie—. He oído ese nombre en alguna parte.

—El incidente en la central eléctrica a principios de este año —dijo Ki-jung—. Ese fue él.

—Ella —dijo Ryan, para sorpresa de sus anfitriones—.

—Ah, sí, recuerdo —asintió Jamie—. La Seguridad Privada la capturó, y Vulcan quería rescatarla para reclutarla. Aunque no estoy seguro de si la división de armas siguió con ello.

—¿No trabajas para Vulcan? —preguntó Ryan, confundido—.

—Nuestro capo se llama Mercurio —le explicó Ki-jung—. Su división se encarga de los juegos de azar y la logística, además de trabajos de seguridad, mientras que el grupo de Vulcan controla el comercio de armas. Nuestros jefes colaboran a veces, pero generalmente cada grupo hace lo suyo.

—Vaya, parecen más una burocracia retorcida que una banda criminal —comentó Ryan—. Entonces, ¿por qué Vulcan me envió a ustedes en lugar de reclutarme directamente?

—Soy uno de los principales reclutadores de los Augusti —explicó Jamie—. Los capos confían en mí para evaluar a posibles nuevos integrantes en una primera revisión.

—Si estás aquí en lugar de en la basura, quiere decir que pasaste —dijo Lanka, apagando su cigarrillo y encendiendo uno nuevo—.

—Te presentaré a Vulcan mañana, aunque no quieras unirme —prometió Jamie a Ryan—. Eso resolverá tu problema de manera sencilla. Hasta entonces, eres bienvenido a vivir con nosotros. Entonces... ¿qué dices?

Ryan meditó sobre la propuesta. La verdad, tener a muchos Genomas en el mismo lugar debería disuadir al misterioso asesino de volver a molestarlo, y, salvo Lanka, parecían personas amables a pesar de su pasado delictivo. Podría ser divertido.

No obstante, Ryan era reticente a integrarse en comunidades, pues moría con frecuencia y siempre le olvidaban después. Conocer a la gente solo para que después te tratara como a un extraño era algo doloroso; solo su amistad con Len precedía a su poder de manipulación del tiempo.

Mmm... el mensajero siempre podía escapar rápidamente cuando sentía que se iba demasiado cerca.

— Digo, de cuatro quesos — respondió Ryan, y los demás lo tomaron como un sí.

— Está bien, reglas básicas: aquí no se permite Bliss, ni gatos ni plagas, y nada de cocaína después de las diez — dijo Jamie, claramente irradiando una especie de energía paterna —. Cada uno limpia su mierda, los arreglos se hacen en el garaje, y nos avisas el día antes si quieres organizar una

fiesta—

Ryan escuchaba en silencio, como si siguiera las reglas con devoción.

Claramente, Jamie aún no lo conocía bien.